

tuvo otro modo sino discurrir de una parte á otra; todo el dia anduvo corriendo; á la noche se halló en parte segura, y sin más cansancio que si hubiera estado todo el dia reclinado en una regalada cama muy descansado.

Otra vez estuvo retirado en un monte, sin comer bocado en ocho dias enteros, si no es unas pocas de yerbas que pació como bestia; fuéronle á buscar los moros, pasaron muchas veces por junto á él, sin conocerle ninguna; porque donde estaba no veian hombre, sino un animal del campo, con lo cual dejaron de buscarle; pero acudiendo luego los cristianos, le vieron en su propia figura, si no es lo que le habia desfigurado tan largo ayuno. Estaba que no se podia tener en pié; repararon su necesidad, volvió á trabajar como ántes, y ponerse á los mismos peligros.

Hizo grande provecho en muchas gentes; convirtió grandes pueblos, que para esto le habia reservado el Señor con tan extraordinarias providencias; pero para no defraudarle de la corona del martirio, que tantas veces habia empuñado, permitió que con veneno le matasen los gentiles en odio de nuestra santa fe, que tanto procuraba exaltar este divino varon, por cuya causa pasó tantos trabajos y peligros, como verdadero soldado de Cristo: porque queria seguir el ejemplo de su Capitan Jesus.

No dudaba en dar la vida por su amor y fe, ántes era esto la cosa más deseada para él; pero por la necesidad que tenían tantas almas de la leche de su doctrina, pasaba tantos trabajos por guardar la vida, que deseaba perder más que á la misma vida.

Esta es, aunque brevemente resumida, la de este fervoroso Padre, y la escribió el P. Pedro Iarich, en el primer tomo de su *Thesaurus Indico*, libro 2, capítulo 29. De este siervo de Dios escriben tambien el P. Francisco Sachino en el 2 tomo de la *Historia de la Compañía*. Thomas Bozio *De Signis Ecclesiae*, libro 4, capítulo 2. Jacobo Damiano en su *Synopsi*, libro 3, capítulo 8. Pedro Ordoñez Zaballos, libro 3, del *Viaje del mundo*, capítulo 16. Y el suplemento de la *Centuria de los Mártires de la Compañía de Jesus*.

P. NIEREMBERG.

P. RAIMUNDO DE PRADS

LAS piedras fundamentales de los buenos edificios siempre son las más fuertes, las más firmes y generosas, porque han de sustentarse sobre sus hombros toda la fábrica de los palacios y casas que se levantan sobre ellas;

y en los primeros cimientos está la planta de todo lo que ha de subir y extenderse el edificio.

Esto mismo pasa en los edificios espirituales de las religiones y santas comunidades, que Dios levanta en su Iglesia, en las cuales pone siempre por piedras fundamentales varones santísimos de muy sólidas virtudes y de tanto valor y ejemplo, que sean la norma y la firmeza de toda la virtud y perfeccion de los presentes y venideros, para que, ajustándose su vida con la regla de su Instituto, levanten el edificio de la religion, fuerte, seguro y constante y con toda perfeccion.

De esta verdad es testigo la provincia de Filipinas de la Compañía de Jesus de nuestra sagrada religion, para cuya fundacion escogió Dios varones de probadísima santidad, y de ejemplarísima vida y notoria perfeccion, que fuesen las piedras fundamentales de su espiritual edificio, que, para tanta gloria suya y bien de infinitas almas, levantó la mano poderosa del Altísimo. Uno de los cuales fué el venerable y santo P. Raimundo de Prads, que en nuestro castellano llamamos Prado, cuya vida aquí escribimos.

Fué este ejemplarísimo varon catalan de nacion, natural de un lugar cerca de la ciudad de Barcelona, que se llama S. Cucufato, y es abadía de monjes Benitos.

Su dichoso nacimiento fué el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, de padres nobles y de mucha autoridad en aquella tierra.

Su padre fué casado dos veces, y de ambas mujeres tuvo hijos; el mayor de la segunda fué nuestro Raimundo, y el primero en virtud de todos.

Cuando murió el padre, dejó la hacienda á los segundos hijos, cosa que llevaron muy pesadamente los primeros, que, como mayores, esperaban ser mejorados y no desheredados como quedaron.

Pasó tan adelante el sentimiento, que no solo pusieron pleito á los menores, sino que, trocando las razones por las espadas, vinieron á las armas, y, divididos en bandos, se buscaban unos á otros para matarse: que la codicia é interés atropella con todos los respetos de sangre, parentesco y amistad, aunque sea entre hermanos; como sucedió á los de Raimundo, el cual, ofendido de tan injusta demanda, y más del medio tan detestable que habian tomado para ella, se retiró de su pueblo en casa de un tío canónigo del Asseu de Barcelona, persona de buenas prendas, que le recibió con gran gusto, alabando su determinacion, y ofreciendo favorecer sus intentos, que eran estudiar con quietud y quitarse de bandos y enemistades, que perturbaban las conciencias, y asuelan los linajes y las casas, por bien fundadas que sean.

Aquí estudió la Gramática y las Artes; y, aunque al principio anduvo algo divertido con las compañías no tales que se le arrimaron, que son las que

destruyen la juventud; pero volvió presto sobre sí con el trato y conversacion de los religiosos de la Compañía de Jesus, donde cursaba, los cuales le pusieron en la frecuencia de los santos Sacramentos y en otras santas devociones, que conservó desde aquella edad hasta el fin de su vida.

Siendo, pues, de diez y nueve años, le llamó Nuestro Señor para la religion; y aunque le podian detener los valimientos que esperaba en el siglo, y en especial la canongía de su tio, que, teniéndole en su casa y á su mesa, era cierto que la pondria en su cabeza, como la puso en su hermano por falta suya; su vocacion fué tan eficaz, que se resolvió firmemente á renunciar todos los haberes del mundo, y abrazar la cruz de Cristo en la religion de la Compañía, en la cual fué recibido el año de mil y quinientos y setenta y seis, con igual consuelo suyo y de nuestros religiosos, por las buenas prendas que habian experimentado en el nuevo soldado que alistaban en su milicia.

Tuvo su primera probacion en el colegio de Barcelona con el rigor y observancia que se practicaba en aquel tiempo, haciendo unos retirados ejercicios con gran fervor de espíritu, encerrado en un aposento, sin hablar ni ver á persona de la casa más de al que se los daba y al que le daba de comer, macerando su cuerpo con rigurosas penitencias, continuo silencio y fervorosa oracion.

Acabada esta prueba, entró en otra segunda más penosa; porque le enviaron peregrinando, á pié y pidiendo limosna, á Gandía, donde estaba el noviciado, y dista sesenta leguas de Barcelona, las cuales anduvo nuestro peregrino con harta mortificacion, pidiendo la comida de puerta en puerta, sufriendo un *perdone* y un *Dios le provea* á cada paso, el que pocos días ántes era servido de criados, y gozaba en su casa de tantos regalos, comodidades y abundancia; durmiendo en hospitales con los otros pobres, sufriendo el ceño de los hospitaleros y las envidias de los mendigos, de que no hace adecuado concepto sino quien lo ha sufrido.

El nuevo soldado del Señor lo llevaba todo con gusto y alegría en memoria de lo que por su amor habia pasado su Capitan Jesucristo, el cual le ejercitaba desde luego en estas lides, amaestrándole para las que habia de padecer en adelante en las peregrinaciones largas que habia de hacer por la conversion de los indios.

En Gandía tuvo un año de noviciado con grande paz y consuelo de su alma y adelantamiento de su espíritu; y para el segundo le enviaron á Valencia, adonde nuestro Señor le ejercitó en nuevas peleas de tentaciones, enfermedades y falta de salud, que llevó con mucha paciencia y conformidad con su santa voluntad.

Habiendo, pues, salido con victoria de estas lides, hizo sus votos, y entró

á oír teología, y á esta sazón vino orden de nuestro P. General, para que dos Hermanos estudiantes teólogos de aquel colegio pasasen á Nueva España á poblar los estudios de Méjico, y emplearse en la conversion de los infieles.

En corriendo esta voz, se ofreció el primero de todos, como el más fervoroso, nuestro Raimundo de Prads, y movió tanto con sus instancias á los Superiores, que, con dolor de su alma por deshacerse de un sujeto que era la esperanza de su provincia, le señalaron para esta empresa, á la cual partió luego á Sevilla, no haciendo caso de los puestos y honores, que por sus lucidas prendas podia tener en su provincia.

Embarcóse en Cádiz, y llegando á salvamento, acabó en el colegio de Méjico el curso de teología, y se ordenó de sacerdote con el consuelo y devocion de su espíritu, que se deja entender de tan espiritual sujeto.

Era de su natural encogido y más inclinado al retiro y la oracion que al trato exterior con los hombres, y por esta causa no le emplearon luego los Superiores en la predicacion, ni le enviaron á las misiones. Hiciéronle maestro del seminario, para que allí enseñase latinidad á los nuestros, y juntamente promoviese en espíritu y observancia con sus santas razones y su buen ejemplo.

De aqui le mandaron ir por Superior á la Puebla de los Angeles, con mucha confusion suya, teniéndose por indigno de mandar á alguno, y deseando ser súbdito de todos. Y como su ansia era de emplearse en la conversion de los indios, sabiendo que enviaban personas á Filipinas á fundar aquella provincia, hizo repetidas instancias para ir á esta mision, y, despues de tres años de peticiones y deseos, alcanzó el cumplimiento de ellos, y partió de Méjico á esta mision con otros tres de la Compañía, que como Superior llevó á su cargo, para cuidar de ellos y servirlos.

II

Pasa á Filipinas y lo que obró en ellas.

Entró en las islas Filipinas el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro, y trabajó en ellas gloriosamente veintin años, hasta el de mil y seiscientos y cinco, en que partió de esta vida á la eterna.

Hizo oficio de Superior la mayor parte de este tiempo y juntamente de operario, predicando y confesando, doctrinando á los españoles y á los indios. Y lo que obró en este tiempo fué tanto, y tan copioso el fruto que cogió de sus trabajos, que pedia una larga historia para referirlo; mas, acomodándonos

á nuestra brevedad, haremos aquí de todo una breve suma, comenzando de lo que obró en sí mismo, que fué siempre su primer cuidado y su mayor estudio.

En cuanto á la mortificacion, que es el primer paso de la vida espiritual, sin duda fué este santo varon uno de los que dice S. Pablo que crucificaron su carne con todos sus apetitos, inclinaciones y deseos; porque perpétuamente anduvo en guerra consigo mismo, persiguiéndose á sí como á su mayor enemigo.

Comenzó las disciplinas desde que era estudiante seglar y á martirizarse con sogas y cilicios. Traia de ordinario á raíz del cuerpo un jubon de rosetas de acero con puntas agudas, que causaba grima verle, sin quitársele en las Pascuas ni en los días más festivos. Preguntóle tal vez un confidente suyo cuándo era bueno quitarse el cilicio, y respondió que en la muerte, porque hasta entónces no se debe desnudar las armas el soldado de Cristo.

La comida era un perpétuo ayuno; los viérnes y sábados y las vísperas de Cristo y Nuestra Señora más riguroso, y estando comiendo se estaba mortificando, quitándose lo necesario para el sustento de la vida. Traia continuamente acibar en la boca para amargar el gusto, y los viérnes de cuaresma con mayor cantidad, en memoria de la hiel y vinagre que gustó Cristo en la cruz. Con esta salsa hacia sabrosa su comida, sin usar jamás otra alguna, ni sal ni vinagre ni aceite ni cosa que le pudiese dar gusto. Llegó al grado que pone S. Bernardo á los perfectos, porque iba á la mesa como á la cruz, y así confesó á su Superior un día, que estaba crucificado en ella.

Con ser tan importunos los mosquitos y las moscas y abispa en aquellas tierras, no alzaba las manos para quitarlas, dejándose atormentar de ellas en memoria de las espinas que Cristo padeció en su cabeza.

La vista mortificó por el mismo tenor, no levantando los ojos á mirar cosa alguna ni cuando andaba por la casa; y así no miraba al rostro á hombre ni á mujer ni á persona que le hablase, y era su recogimiento tal, que en las Indias le llamaban todos el Macario de aquel tiempo.

Seis años fué Vice-provincial, en que forzosamente visitó varias veces la provincia; y con haber tanta distancia de unos colegios á otros, que muchas veces pasan de cien leguas, y ser los caminos fragosísimos; siempre visitó á pié sin permitir género de carruajes ni alivio, ni para llevar el atril del sello y los papeles; porque le hizo muy manual por esta causa, y se valia de algun indio que le ayudase para esto, en que se descubre cuánto padecería este siervo de Dios, así en la incomodidad de los caminos, como en los soles y lluvias y pantanos y en la comida y bebida, dando así ejemplo de mortificacion y pobreza á los Superiores y súbditos. Y para edificacion de todos, referiré aquí lo que le pasó en uno de estos caminos.

La tercera vez que visitó la provincia caminando á pié por la isla de Leite, en tierra de pintados, con un indio que le guiaba y un niño que le ayudaba á misa; llevaba consigo un compañero novicio, el cual se adelantó mucho con otro indio, que llevaba la escribanía del oficio. El buen Provincial, que siempre andaba ocupado en su corazon con Dios, no miró divertido los riesgos del mal camino por donde iba, y dió un recio golpe en el tronco de un árbol con la pierna derecha, y se lastimó de manera que cayó en el suelo con vehemente dolor, sin poder ir adelante. El indio que le guiaba corrió por aquel monte dando voces á su compañero para que volviese luego. Como iba tan adelante, no le pudo hallar tan presto, y el buen P. Provincial se volvió á Dios hincado de rodillas, y le dió gracias por aquella ocasion que le daba de pasar algo por su amor, y juntamente le suplicó que le diese fuerzas para proseguir el camino que habia comenzado en su servicio.

Estando en esta oracion, le apareció Cristo Nuestro Señor en figura de niño, con quien el Padre tenia gran devocion; traia la cruz á cuestras; miróle amorosamente, y confortóle, y regalóle con su vista y sus palabras, diciéndole: *Que prosiguiese el camino, porque tendria fuerzas para ello.* El bendito Padre, lleno de un gozo inefable, se levantó consoladísimo, y á este tiempo llegó su compañero, y le halló todo trasportado en Dios, con un semblante de ángel y una boca de risa, que revertia de la que gozaba su corazon.

Atáronle la herida, y aunque le quedó el dolor y el sentimiento por toda la vida para su merecimiento, le dió Nuestro Señor tal aliento como si estuviera sano; y prosiguió su viaje con gran alegría, poniéndola á todos sus compañeros, hasta que llegaron á la residencia de los nuestros, de quien fueron recibidos con mucha caridad, y lamentándose de la herida que traia, les dijo: «Que no se afligiesen, porque, si bien nunca habia tenido mayor dolor, tampoco habia tenido mayor consuelo que tuvo en aquella ocasion; que así paga Dios á los suyos los trabajos que toman por su amor.»

Al paso de su mortificacion era su paciencia y humildad. Siempre se tuvo por el menor de todos, más humilde que la tierra, tomando lo peor para sí y el lugar más abatido, y hasta en el cielo decia que se holgara de estar en un rincon.

Cuando acabó su provincialato, pidió con instancia que le enviasen al noviciado, á volver á ser novicio, y guardar su distribucion: enviarónle á ser Maestro de los novicios; pero él no se portó como tal, sino como compañero de todos, guardando como un novicio su distribucion en barrer, y fregar, y hacer la cocina y las otras menudencias del noviciado, siendo el ejemplo y la norma de todos.

Decía muy á menudo sus faltas públicamente, y, no contento con esto, las escribió en un largo tratado, á imitacion de S. Agustin, diciendo al principio que lo hacia para dar gracias á Dios, que siendo tal, le habia sufrido, y en lugar de aniquilarle, le habia hecho tantos beneficios y mercedes.

Toda su vida estuvo anhelando y pidiendo que le empleasen en el trato de los indios, por juzgarle por más humilde ocupacion.

De la misma tela fué su mansedumbre y paciencia, nunca airándose, y siempre sufriendo sin alterarse ni moverse á venganza ó indignacion; y así fué muy suave y benigno en su gobierno, y muy amado de todos.

Defendiendo á unos pobres indios de las sinrazones que les hacia un capitán, se enojó éste de manera contra el Padre, que, pasando todos los términos de la razon, le dijo muchas injurias, y faltó poco para poner las manos en él; y cuando le decía mayores baldones, el bendito Padre le echó los brazos encima, diciéndole con grandes muestras de amor: «Mucho más hay en mí, Dios habla por esa boca, que muy mucho más merezco yo.» Quedó admirado el capitán de la paciencia y humildad del siervo de Dios; y confuso por haber injuriado á un hombre tan santo, se retiró, y le obedeció en lo que le decía, y en vida y en muerte fué eterno pregonero de su santidad.

Al cocinero le tenia ordenado, que le llamase siempre que tuviese necesidad de ayuda; y si se descuidaba, ó tardaba en avisarle, él mismo se iba á servirle de ayudante, fregando, y barriendo, y haciendo los otros oficios de su ocupacion, para que él descansase.

Lo mismo hacia otras veces con los otros oficiales de la casa, ayudando á todos, para aliviar á todos y ejercitarse en obras de humildad, que no era pequeña exhortacion para los súbditos, ver á su Provincial servirlos con tanto afecto y abatimiento propio en los oficios más humildes del colegio, cuanto suele exasperar ver los muy graves y entonados con su dignidad, desdeñándose de todo lo que no es grandeza y soberana autoridad, con que la pierden con Dios y con los hombres, y son despreciados y aborrecidos por soberbios y vanos.

Hallóse entre sus papeles uno, en que tenia notados ciertos puntos, que intitula *Exámen de la humildad*, los cuales quiero poner aquí, así para que se vea el estudio que traía este siervo de Dios de esta virtud, como para que se valgan de ellos los que la quisieren alcanzar, y dice así:

«*Primer punto*: El verdadero humilde siempre anda temiendo que le alaben; y si lo hacen, se entristece, considerando que á solo Dios se debe la honra y gloria.

«*Segundo*: El verdadero humilde á nadie desprecia, solo á sí se tiene en poco, y por tal quiere que le tengan todos, y huelga que le desprecien; ninguna

deshonra teme, porque ninguna honra quiere; y, como ni quiere ni tiene honra, nadie se la puede dar ni quitar.

«*Tercero*: El humilde no quiere que le tengan por tal, sino por vil y bajo.

«*Cuarto*: El humilde no sólo mira cuán vil es, sino cuán vil pudiera ser, si Dios le dejara de su mano.

«*Quinto*: El humilde se contenta con cosas humildes y despreciadas de otros.

«*Sexio*: El humilde conoce que no puede hacer cosa buena por virtud de su naturaleza corrupta é inclinada siempre al mal, ni vencer una pequeña tentacion sin Dios.

«*Séptimo*: El verdadero humilde escoge siempre el más bajo lugar, el más bajo oficio, más humildes ocupaciones y más pobre vestido; no fia de su parecer, ni estima sus cosas, ni tiene reputacion propia.

«*Octavo*: El humilde no juzga las cosas de los otros, de todos piensa bien, cree fácilmente lo que le cuentan de prendas y virtud de otros, á todos alaba y estima, todo le parece bueno y mucho más las obras de sus hermanos; sólo á sí se tiene en poco. *Humilitas vera est, qua quis de se prava existimat, et bona alterius sine labore commendat, S. Gregorio, etc.* Aquella es verdadera humildad, que juzga de sí bajamente y de los otros con mucha estimacion.»

Hasta aquí el *Exámen* que llama de la *humildad*, al cual añadía el ejercicio de la misma virtud, que era comparar el abismo de su nada con el ser altísimo de Dios, y andar continuamente ocupado en considerar sus faltas, y procurar ser desestimado de todos por ellas, y no hacer caudal de las alabanzas de otros. Y no habia indio ni negro por desprestigiado que fuese, ni aun pecador ni hombre facineroso á quien no se humillase, considerando que por ventura aquel estaria predestinado para el cielo, y él reprobado para el infierno, conque siempre andaba encogido y humillado.

III

De su oracion y devocion y de otras virtudes en que floreció este siervo de Dios.

La humildad dice San Gregorio que es la raiz de todas las virtudes; y habiendo ahondado tanto en el corazon del P. Raimundo esta virtud, bien se deja entender la fuerza con que brotarian las demas, y lo que descollaria en todas, especialmente en las que son tan propias del religioso, como la pobreza, la obediencia, la caridad y la oracion, de quien solia decir que habia

de ser la continua y perpétua ocupacion de un religioso, y decia de los otros lo que ejercitaba en sí mismo.

Su pobreza fué extremada así en sus alhajas, aposento, vestido y comida, procurando aventajarse en todo al más pobre mendigo, á ejemplo de San Francisco, á quien tenia por abogado de esta virtud, suplicándole cada dia que se la alcanzase de Dios; como tambien en no dar ni recibir cosa alguna, por pequeña que fuese, sin expresa licencia del Superior.

Su pureza fué tal, que ordinariamente le llamaban en Filipinas el *purísimo*, por el recato grande con que trataba con todos, la modestia de los ojos y la lengua y el recogimiento interior con que andaba siempre. Y en cuanto á la obediencia, desde que entró en la religion, hizo total entrega de sí mismo en manos de los Superiores, dejándose llevar y regir de ellos con obediencia ciega, sin replicar jamás á cosa que le mandasen, por árdua ó difícil que fuese, respetando sus palabras como pronunciadas por la boca de Dios.

En dos cosas tuvo grande repugnancia, y ambas las venció con gloriosas victorias con la gracia del Señor. La primera fué la obediencia que le pusieron los Superiores en la tasa de las penitencias, en que con su grande fervor se atormentaba con tal exceso, que, á no irle á la mano, acabara presto con su vida; y considerando esto, le pusieron regla y tasa de las que habia de hacer cada dia, cosa que sintió mucho, y quisiera replicar y proponer por el consuelo que sentia en su alma y por el ánsia que tuvo siempre de imitar cuanto pudiese á Cristo nuestro Señor, á cuyos pies fué á buscar consuelo en su afliccion. Y despues de muchas lágrimas y prolija oracion, en que le dió amorosas quejas por el freno que le ponía en sus mortificaciones, le consoló Su Divina Majestad (como él dice en sus apuntamientos) diciéndole: *Si esta es mi voluntad, ¿por qué te desconsuelas tú? ¿Por qué pretendes otra cosa más que la que yo ordeno y quiero? Haz mi voluntad y acertarás en todo.* Con este celestial aviso quedó consoladísimo y muy quieto en su alma, y conforme y gustoso con la obediencia de su Superior, como lo deben estar todos los súbditos en lo que les ordenan los Superiores, que están en lugar de Dios.

La segunda cosa en que tuvo repugnancia fué en aplicarse á los ministerios de españoles, y dejar los de las conversiones de los indios, que fué el intento con que pasó á las Indias, lo uno por ser más provechoso, y lo otro por ser más humilde y trabajoso, y haber dejado su patria, y atravesado tantos mares y tierras por emplearse en él. Sentia mucho que no le diesen licencia para tan santo empleo, y siempre anhelaba y clamaba por ir á los infieles, como losalcones y sacres generosos por volar á la presa cuando la miran delante de sí; y aunque procuraba ajustarse con la obediencia, siempre le quedaba aquella ánsia dentro de su corazon; pero reprendióle Dios con la vi-

sion siguiente, que dejó escrita en el libro de sus confesiones, y fué de esta manera:

Estando en fervorosa oracion la noche de Navidad, contemplando en el misterio de aquel dia con grande ternura y devocion de su alma; y mirando á la Santísima Virgen y al Niño Jesus en sus brazos; se postró á los pies de ambos con profundísima humildad, ofreciéndose á su servicio, y pidiéndoles que admitiesen su oferta, y dispusiesen de su vida y sus acciones conforme á su santa voluntad; y alzando los ojos, reparó que, si bien la Santísima Virgen mostraba aceptar aquella oblacion y sacrificio que les hacia de sí mismo, pero Cristo no mostraba agradarse de ella, ántes le miraba con algun sentimiento, cosa que le dió mucho cuidado, y le traspasó el corazon con vivo sentimiento y dolor; porque, si los cortesanos del mundo miran mucho en cómo les mira su rey, y sienten en el alma cualquiera linaje de desden que les muestre; mucho más sienten los siervos de Dios el que Su Majestad les muestra, por el deseo que tienen de agradarle y el temor de ofenderle.

Traspasado, pues, Raimundo con el dolor de este recelo, perseveró algunas horas en su oracion, llorando las ofensas que habia hecho á su Dios, y pidiéndole luz para conocer la causa que le habia dado de su enojo, á que el Señor, movido con sus lágrimas, le respondió, que le daba en rostro la falta de indiferencia con que se ofrecia á su servicio, y estaba inclinado más á la conversion de los indios que al provecho de los españoles, y á las nuevas conversiones que á las antiguas; por lo cual la oblacion y oferta que le hacia no era total ni perfecta, ni del todo agradable á su voluntad, y más le dijo, «que sería uno de los predestinados para el cielo, si guardaba perfectamente la obediencia que le habia ofrecido.»

Quedó el buen religioso con esta vision enseñado y corregido, y recibió con ella una gracia especial para ofrecerse totalmente á Dios por medio de sus Prelados, sin reservar cosa de sí para sí, ni inclinarse más á una parte que á otra ni á lo más grande que á lo más pequeño, ejecutando con la misma paz y gozo de su espíritu una obediencia que otra, persuadido que en todas cumplia la voluntad de Dios; y supo y predicó en adelante que Dios tenia como vinculada la salvacion de los religiosos á la obediencia total de sus Prelados.

Vengamos á la oracion, que era como el alma de sus acciones, la vida de su alma, y el consuelo de todas sus aficciones, y adonde se armaba y fortificaba para las continuas peleas que padecia de los demonios, ejercitándole en muchas y diversas tentaciones. La cual fué tan alta, que algunas veces le vieron el rostro encendido como un fuego del intenso que ardía en su corazon.

Muchas veces le visitó en ella la beatísima Virgen, de quien fué muy de-

voto, y se halló cercado de ángeles como en una gloria celestial, y le reveló muchas cosas pertenecientes á su santo servicio. Y, orando por las almas del Purgatorio, le aparecian como á S. Nicolás de Tolentino, pidiéndole que orase por ellas; y después gloriosas venian á darle las gracias por haber salido del Purgatorio por sus oraciones. Esto se supo de sus Padres espirituales, y se predicó en sus honras, cuando se hicieron en la ciudad de Manila, y está en los archivos de aquel colegio.

Cuando entraba en oracion, se reconcentraba en sí mismo; y, con grandísima veneracion y atencion, lleno de profunda humildad, se hincaba de rodillas, sin arrimarse á parte alguna, y se postraba luego en el suelo, cosiendo la boca y los ojos con la tierra, como dice S. Lucas que oró Cristo nuestro Señor; y como si le viera sensiblemente, se confundía y humillaba en su presencia, pidiéndole perdon de sus culpas y licencia y gracia para hablarle y alabarle, teniéndose por indigno de levantar los ojos al cielo. Como estaba tan dispuesto, en comenzando su oracion, se encendía en vivas llamas de amor divino, y prorrumplía en afectos de caridad y de alabanzas de Dios, derramando arroyos de dulces lágrimas, y despidiendo sollozos y suspiros amorosos de lo íntimo del corazon.

Su contemplacion ordinariamente comenzaba por algun misterio de la vida de Cristo, de quien fué muy devoto; y para afervorizarse más, usaba diferentes pensamientos para entrar en la oracion, y mover más la misericordia de Dios.

El lunes se presentaba en el acatamiento divino como un reo delante de su juez, acusándose él mismo, y pidiéndole perdon. El martes, como esclavo delante de su Señor, para que le emplease en su santo servicio. El miércoles, como deudor delante de su acreedor, para que le perdonase lo mucho que le debía. El jueves, como pobre en la presencia de un riquísimo Señor, suplicándole y pidiéndole una limosna de sus infinitos tesoros. El viernes, como hijo delante de su amado Padre, para que le abrigase y recibiese, como el del Pródigo, con su gran benignidad. El sábado, como discípulo delante de su Maestro, para que le enseñase el camino verdadero, y le guiase al monte de la perfeccion. Y el domingo, ofrecia su alma como esposa á su esposo, para que la tuviese por suya, y como á tal la mirase, y guardase, y le diese las arras y el anillo de su amor.

Con estas santas meditaciones avivaba su devocion, y encendía su espíritu de suerte, que siempre recibia de la divina mano celestiales regalos é ilustraciones, con que perseveraba inmóvil y gustoso muchas horas en oracion. Cuando la acababa, sus palabras eran llamas que encendian á los que hablaban en el amor de Dios, en que tuvo particular gracia, y con que hizo mucho fruto en las almas que trataba.

Habia fabricado, como Sta. Catalina de Sena, un oratorio dentro de su corazon, adonde se retiraba entre dia muchas veces, en medio de las mayores ocupaciones, á orar y hablar con su Dios; y así lo más del tiempo gastaba en oracion, y, lo que es más admirable, tenia hecho tanto hábito á orar y á levantar el corazon á Dios, que durmiendo oraba tambien, y recibia ilustraciones del cielo y favores del Señor, de que es buen testigo lo que dejó escrito en uno de sus apuntamientos, adonde dice así: «Visitóme una noche en sueños con la presencia de Cristo en el Calvario, y al clavarle la mano, con el ruido del golpe desperté; y dióme en la oracion y entre dia tanta devocion y alegría en Cristo, que parece queria dar saltos, etc.» Y no seria esta noche sola la que recibiria estos favores quien tan prendado estaba de su amor; que no es nuevo en Cristo hacer semejantes regalos á los que se esmeran en servirle, como este fiel siervo suyo le sirvió.

Dos años ántes de su muerte, que fué el de mil y seiscientos y tres, estando, la víspera de S. Francisco, orando á media noche en su aposento, y pidiendo al glorioso Patriarca que amparase aquella ciudad, sintió el tumulto de los chinas sangleyes, que eran más de treinta mil, y acometian de improviso la ciudad con designio de tomarla descuidada. Pero no pudieron, porque luego vió al seráfico Padre sobre los muros defendiéndola de su furor; y el bendito P. Raimundo salió por las calles y plazas, despertando y animando la gente á su defensa, ofreciéndoles gloriosa victoria, si tomaban al seráfico Padre por patron. Hiciéronlo luego como lo dijo, y vencieron á sus enemigos con gloriosa victoria, y todos los años, el dia del Santo, celebran su fiesta como de patron por este favor que recibieron de su mano, dando crédito á la revelacion del santo P. Raimundo, como de varon tan favorecido de Dios.

A esta clase pertenece la devocion con que decia Misa y la preparacion para ella y los favores y consuelos que recibia del Señor, que no eran menores que en la oracion.

Siempre se preparaba con leccion espiritual en las epístolas de S. Pablo ó en el Evangelio de aquel dia, y la leccion acompañaba con la oracion mental, contemplando muy despacio lo que iba hacer, y pidiendo al Señor su gracia, para acertar á servirle.

Guardaba la regla de ordinario, no pasando mucho de la media hora; pero en los dias más festivos la decia en capilla retirada. y entónces desplegaba las velas de su corazon al viento del Espíritu Santo y á los regalos y favores que recibia de su mano, y se detenía á recibirlos y gozarlos, y se estaba despacio regalando con su Dios.

Un dia de San Miguel Arcángel le dió el Señor gran copia de lágrimas y luz muy extraordinaria para conocer las cosas celestiales, y le dió á entender